

Antonio Fernández Alba:

El reto de una exposición

EL descrédito de la monografía, género que sigue siendo habitual en otras artes, es hoy un hecho en el campo de la arquitectura. Se prefiere, en todo caso, presentar, incluso inducir por medio de exposiciones y concursos, la confrontación de unas obras con otras, de unos arquitectos con otros, de soluciones arquitectónicas diversas a los mismos o parecidos problemas. Sin embargo, la obra singular, y por extensión la obra personal de un arquitecto, tiene para el crítico de arquitectura un atractivo que es, al mismo tiempo, la gran limitación y dificultad con que uno se encuentra al tratar de hacer de su comentario algo más que una mera tautología o la invención de ciertos grupos o tendencias capaces de sustentarla dentro de un contexto más amplio.

Este tratamiento singular resulta obligado en el caso de la obra que presenta Antonio Fernández Alba en las salas del Museo de Arte Contemporáneo de Madrid. Se trata de una exposición con el carácter inclusivo de una exposición antológica, tejida alrededor de la propia persona, hecho tanto más significativo en un arquitecto con veinte años de actividad profesional que en las carreras más largas de los dos que le han precedido en estas mismas salas: José Luis Sert y José Antonio Coderch. El material gráfico de Alba se acumula en un cuidadoso montaje realizado por él mismo, evitando deliberadamente cualquier tipo de ordenación —cronológica, por tipos de edificios, separando las obras construidas de los proyectos o de los concursos— para aparecer inmóvil, recogida en torno a sí misma, sin ningún movimiento interno que permita ver la exposición como algo abierto, como un camino evolutivo, como la anticipación de un futuro previsible en la trayectoria profesional del arquitecto. Pero no es sólo el montaje de la exposición, es sobre todo la cualidad de la propia arquitectura de Antonio Fer-

nández Alba la que lleva necesariamente a considerarla como una auténtica obra completa, un documento definitivo, que debe ser tratado como hecho singular dentro de la arquitectura de nuestro país y de nuestra época.

Antonio Fernández Alba, una de las personalidades más destacadas de la arquitectura madrileña y con un gran prestigio como profesional y como maestro, abre las puertas, así, a una empresa que cada vez se siente más necesaria. Abre las puertas a un estudio y una crítica profunda de la obra de esos arquitectos que,

Alba como una figura en exceso enigmática, casi inexplicable. Antón Capitel, también vinculado a Alba desde sus años de estudiante, nos guía a través de la obra de su maestro como a lo largo de uno de los muchos episodios de la arquitectura moderna madrileña, a la que Capitel ha dedicado su interés y su estudio.

A nosotros, que todavía conservamos vivo el mito del profesor que fue Alba durante los últimos años sesenta, y pensando en los más jóvenes que se acercan por primera vez a obras tan interesantes como el convento del



Antonio Fernández Alba.

tal vez por su excesiva cercanía e influencia sobre la generación más joven de arquitectos, no han visto aún sometida a debate su arquitectura, salvo de manera bastante puntual. Esto se hace bien patente en los dos artículos que, con la presentación que hace el propio Alba, aparecen incluidos en el catálogo de la exposición. Juan Daniel Fullaondo y Antón Capitel evitan, por diversas razones, lo que sería un auténtico estudio de la obra personal de este arquitecto. La larga vinculación de Fullaondo con la trayectoria profesional de Antonio Fernández Alba, seguida paso a paso desde las páginas de "Nueva Forma", y la propia posición actual de Fullaondo le llevan a presentarnos a Fernández

Rollo en Salamanca o el colegio Monfort, en Loeches, esta exposición nos sugiere ya algunas consideraciones. En primer lugar, la idea de que la arquitectura de Antonio Fernández Alba parece haber pasado por los vaivenes bastante azarosos de la arquitectura de las últimas dos décadas casi sin inmutarse, que difícilmente puede verse como el reflejo siquiera de una parte de la historia más reciente de la arquitectura, española o internacional. En segundo lugar, la extrema fidelidad y confianza de Alba en una determinada manera de construir, en un lenguaje formal, sin que los cambios en su actitud teórica o profesional se hayan dejado sentir en las formas de sus edificios o de sus proyectos.

En tercer lugar, el hecho de que la arquitectura de Alba pone en evidencia las grandes dificultades que ha tenido la llamada arquitectura orgánica para generalizarse fuera de las realizaciones de los grandes maestros —Wright y Aalto—, de los que Alba ha sido un destacado admirador y seguidor.

Desde el comienzo de su carrera, Antonio Fernández Alba ha estado empeñado siempre en explotar las posibilidades de un determinado sistema formal. Esto le ha llevado a extenderlo más allá de los límites del propio edificio, a dominios más amplios o más restringidos, con una pretensión bastante cercana a la del diseño total. No es casual, por tanto, que lo más característico de la obra de Alba sean los complejos construidos —los colegios de Santa María y Monfort, el Centro Cultural de Vitoria, las propuestas para la Universidad Autónoma de Madrid y para la Feria de Muestras de Asturias— y las actuaciones parciales sobre la ciudad o sobre monumentos históricos —el Plan de Remodelación del conjunto histórico de Salamanca, la restauración del Observatorio Astronómico de Juan de Villanueva— ni su interés por el aislamiento de estructuras y formas —que reflejan los objetos de la exposición y algunas piezas aisladas como los lucernarios de Loeches o las lámparas de la Librería del Fondo de Cultura Económica— y por todos los aspectos relativos al diseño gráfico. Es, quizá, este carácter de diseño extensivo, incluso de exceso de diseño, que posea la obra de Antonio Fernández Alba, y que tan bien refleja su virtuosismo y recreo en el dibujo, lo que la convierte hoy en un episodio singular dentro de las tendencias más analíticas, restringidas y muchas veces de renuncia al diseño que dominan la arquitectura contemporánea.

La etapa siguiente a esta exposición debería comenzar ya desde fuera de la propia obra de Antonio Fernández Alba, como una necesidad y una respuesta auténticamente crítica a este gesto suyo de presentarse ante nosotros de una vez y con toda esa importante labor realizada a lo largo de veinte años de actividad como arquitecto, con el cuidado y la ilusión que la exposición misma demuestra. ■ MARIA TERESA MUÑOZ.